

Conclusión:

Dejar vivir a los sacramentos

Considerado todo lo anterior, y a riesgo de lo que puedan decir la sociología y la fenomenología, hemos de concluir que lo sacramental goza de una salud «suficiente». Los siete sacramentos aparecen incluso como una clave de lectura apropiada para analizar las «tensiones» de la existencia: la aceptación y la esperanza ante la vida, el riesgo de las decisiones, la toma de la palabra y de la responsabilidad, los conflictos y los perdones, el poder, la familia y, por último, la prueba de la enfermedad y la muerte. En todos estos «pasos», la fe descubre el don gratuito de Dios y la esperanza de la liberación de los hombres y mujeres. Esto es lo que celebran y profundizan en la Iglesia los ritos sacramentales.

El análisis que hemos presentado no proporciona una visión completa de cuanto puede vivirse en estas celebraciones, porque según cuáles sean la cultura, la historia de la comunidad o de los individuos en cuestión, los diversos desarrollos y conflictos sociales, podrán explicitarse, evocarse, descubrirse o crearse otras riquezas de la simbólica cristiana. Lo importante, sin lugar a dudas, es creer en las posibilidades y en la dinámica de esas tradiciones: se trata de *dejar* vivir a la simbólica. Y dejarla

vivir significa dejar que actúe esa abundancia de tradiciones diversas que desvela unas profundidades absolutamente inéditas para las técnicas de gestión psicosociológicas o para las fiestas moralizantes que pretenden, ante todo, adaptar a los individuos al grupo. Significa también negarse a permitir que las formulaciones anteriores bloqueen el dinamismo del Evangelio, porque no se puede vivir de las tradiciones si no es «arriesgándolas», es decir, actualizándolas y, por lo tanto, desarrollándolas y transformándolas. Ya hemos indicado, por otra parte, cómo los ritos son incesantemente objeto de «transacciones» que los vivifican. Por último, y sobre todo, dejar vivir a las celebraciones rituales significa entrar en contacto, a través de ellas, con los conflictos y las contradicciones de nuestras respectivas sociedades y de nuestra vida individual. En el centro de las tradiciones cristianas relativas a los sacramentos se descubre, efectivamente, una triple dimensión: la confrontación con la gratuidad del don de Dios; el afrontamiento del mal y la injusticia; y la esperanza de una liberación global.

¿Serán suficientes una mejor comprensión y un redescubrimiento de estas dimensiones para provocar una renovación de las prácticas rituales en una Iglesia marcada por las racionalidades científico-técnicas? ¿Permitirán, por ejemplo, a las parroquias revivir las «fiestas» cristianas y descubrir cómo se manifiesta en ellas la fuerza del Evangelio? ¡Sin duda que no! Un renacimiento de la simbólica en la sociedad no puede producirse únicamente por medio de una búsqueda intelectual. Por otra parte, tampoco bastará con una simple renovación litúrgica, porque corre el peligro de no ser más que una empresa de recuperación. Dado que las celebraciones son actos de comunidad, habrá que esforzarse ante todo por construir comunidades, las cuales, para que sean sólidas, deberán tener raíces (es decir, solidaridades profundas y símbolos compartidos) y militancias (es decir, causas por las que estén dispuestas a pagar el precio); deberán, en

fin, estar decididas a hacer frente —en la fe, en la confianza y por medio de análisis concretos— a sus propias contradicciones individuales y sociales, así como a sus tensiones existenciales. Ahí radica, en mi opinión, la base de toda reñovación sacramental.

Sólo después se tratará de que estas comunidades comprendan que no pueden existir como tales sin celebrar y festejar todo eso que viven. Lo cual, sin embargo, no se consigue ante todo a partir de elaboraciones intelectuales como las que forman el entramado del presente libro. Sólo se aprende lo que son celebraciones vivas y bien logradas después de haberlas vivido, no después de haberlas estudiado. Para permitir esta apertura a lo simbólico, es imprescindible formar «conductores de ritos» capaces de suscitar celebraciones verdaderamente en contacto con lo que se vive.

Todas estas condiciones me parecen necesarias para que las riquezas simbólicas descritas en este libro puedan no sólo hacer vivir a los sacramentos, sino también abrir una dimensión simbólica en nuestra sociedad, tan excesivamente unidimensional; porque, en efecto, es al mundo y a la sociedad en su totalidad adonde apunta la salvación en Jesucristo.

